

pero no se podía contar con los húsares. Sin embargo, sus oficiales los reúnen, anunciándoles que se acaba de arrestar al rey y su familia y que es preciso salvarlos; mas los soldados contestan que están por la nación. En el mismo momento afluyen por todas partes los guardias nacionales, reunidos en los alrededores, y ocupan á Varennes. Toda la noche se pasa en la misma situación. A las seis de la mañana se presenta Romeuf con el decreto de la Asamblea; ve el coche con los seis caballos en disposición de marchar por el camino de París, sube y entrega el decreto con profundo pesar. Toda la familia prorrumpe entonces en un grito contra Mr. de Lafayette, que ha mandado detenerla. La reina parece admirarse de que el general no haya periclitado á manos del pueblo; el ayudante contesta que él y su general han cumplido con su deber persiguiendo al rey, pero que esperaban no alcanzarle. La reina se apodera del decreto para arrojarle sobre el lecho de sus hijos, y después vuelve á cogerle con rabia, diciendo que les mancharía. «Señora, le dice Romeuf, que le era fiel, ¿preferiríais que otro que no fuese yo presenciara vuestros arrebatos?» La reina vuelve entonces en sí y recobra toda su dignidad. Anúnciase en el mismo instante la llegada de dos diversos cuerpos que había situado Bouillé en los alrededores; pero la municipalidad ordena al punto la marcha, y la familia real se ve obligada á subir en el acto al coche, tomando otra vez el camino de París, aquel camino tan temido y funesto.

Avisado Bouillé á media noche, dispuso que montara un regimiento á caballo y partió dando el grito de *viva el rey!* Este valeroso general, poseído de la mayor inquietud, avanzó apresuradamente, recorriendo nueve leguas en cuatro horas; llega á Varennes, y encuentra diversos cuerpos reunidos, pero hacía ya hora y media que había marchado el rey. La ciudad estaba llena de barricadas y en buen estado de defensa, porque habían cortado el puente y el río no era vadeable. Así, pues, para salvar al rey, Bouillé debía empeñar primero la lucha á fin de tomar las barricadas, cruzar después el río, y á pesar de esta pérdida de tiempo, alcanzar luego el coche, que llevaba ya hora y media de ventaja. Estos obstáculos imposibilitaban toda tentativa; y á fe que era necesaria semejante imposibilidad para detener á un hombre tan fiel y emprendedor como Bouillé. El general se retiró, pues, acosado por la más profunda pena.

Cuando se supo en París el arresto del rey se le creía ya fuera de alcance. El pueblo experimentó una extraordinaria alegría; la Asamblea eligió tres comisionados en las tres secciones de la izquierda para acompañar al monarca hasta París. Estos comisionados eran Barnave, Latour-Maubourg y Petión. Dirigiéronse rápidamente á Chalóns, y apenas se hubieron reunido con la corte, todas las órdenes emanaron sólo de ellos tres. Madama de Tourzel pasó á un coche con Latour-Maubourg, y Barnave y Petión tomaron asiento en el de la familia real. Latour-Maubourg, hombre distinguido, era amigo de Lafayette y, como él, partidario del rey y de la Constitución. Al ceder á sus dos colegas el honor de ir con la familia real, su intención fué interesarles en la grandeza desgraciada. Barnave se sentó en el fondo entre el rey y la reina, y Petión en la parte anterior entre madama Isabel y madama Real; el joven delfín

descansaba tan pronto en las rodillas de unos como de otros.

¡Tal había sido el rápido curso de los acontecimientos! Un joven abogado de veinte y tantos años, notable sólo por sus talentos, y otro que se distinguía por sus luces, y sobre todo por el rigorismo de sus principios, iban sentados junto al príncipe que había sido en otro tiempo el más absoluto de Europa, y dirigían todos sus movimientos. El viaje se hizo con lentitud porque el coche seguía á los guardias nacionales, y así es que duró ocho días desde Varennes á París. Hacía un calor sofocante; un polvo abrasador, levantado por la multitud, ahogaba á los viajeros. Los primeros instantes fueron silenciosos; la reina no podía disimular su mal humor; pero el rey trabó al fin conversación con Barnave, hablándole de diversos asuntos, tocando por fin el de su fuga á Montmedy. Unos y otros se admiraron al reconocerse; la reina quedó sorprendida del superior criterio y de la delicada política del joven Barnave, tanto que se levantó el velo para tomar parte en la conversación. Barnave se conmovió ante la bondad del rey y la graciosa dignidad de la reina. Petión se mostró algo rudo, y no se le dispensó tanta consideración. Al llegar á París, Barnave era partidario de aquella desgraciada familia, mientras que la reina, admirada del talento del joven tribuno, le dispensó todo su aprecio. En las relaciones que tuvo después con los diputados constitucionales, Barnave fué quien mereció toda su confianza. Los partidarios se perdonarían si pudiesen verse y entenderse.

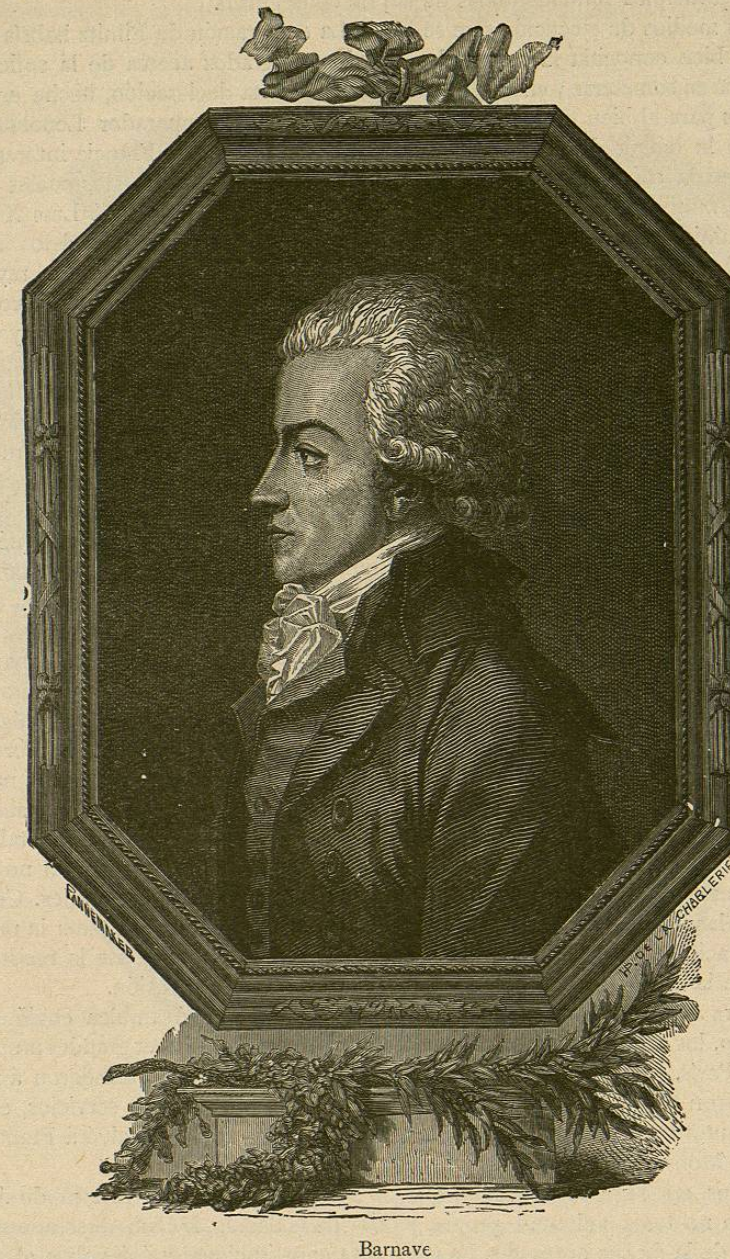
En París estaba preparada la recepción que se debía hacer á la familia real. En todas partes se había fijado un rótulo que decía: *El que aplaudiere al rey será apaleado, y quien le insultare ahorcado.* La orden fué rigurosamente ejecutada, y no se oyeron aplausos ni insultos. El coche hizo un rodeo para no cruzar París, y se le dirigió por los Campos Eliseos, que conducen directamente al castillo. Un gentío inmenso le recibió silenciosamente, sin que ninguno se descubriera. Lafayette, seguido de una numerosa guardia, había adoptado las mayores precauciones. Los tres guardias de corps que habían prestado su auxilio para la fuga iban en el pescante, expuestos á las miradas y á la cólera del pueblo, mas no sufrieron ninguna violencia; apenas llegó el coche al castillo, fué rodeado inmediatamente; la familia real, bajando con precipitación, avanzó en medio de una doble fila de guardias nacionales que debían protegerla; la reina, que se había quedado la última, fué casi levantada en brazos de MM. de Noailles y de Aiguillon, adversarios de la corte, pero generosos amigos de la desgracia.

Tal fué aquel viaje, cuyo fatal éxito no era dado imputar en justicia á ninguno de los que le habían dispuesto. Un accidente le frustró; otro le pudo llevar á buen término. Si Drouet, por ejemplo, hubiera sido alcanzado y detenido por el que le perseguía, el coche habría pasado; y acaso careció el rey de energía cuando le reconocieron. Como quiera que sea, á nadie se debe culpar por aquel viaje, ni á los que lo aconsejaron ni á los que lo emprendieron; era el resultado de esa fatalidad que persigue á los débiles en medio de las crisis revolucionarias.

El viaje á Varennes tuvo por inmediata consecuen-

cia que se perdiera todo el respeto al monarca, que se formalizaran los ánimos con la idea de prescindir de él, y naciera el deseo de tener república. En la misma mañana de su llegada, la Asamblea proveyó á todo por un decreto, según el cual se suspendía en sus funciones á Luis XVI; nombrábase una guardia para custodiarle, así como á la reina y al delfín, guardia que sería res-

el rey asegurarse de si estaba realmente prisionero, preséntase en una de las puertas, y el centinela le cierra el paso. «¿Me reconocéis?, le dice Luis XVI.—Sí, señor,» contesta el soldado. No tenía ya el monarca permiso más que para pasearse por la mañana en el jardín de las Tullerías antes de que se abriera la verja al público.



ponsable de sus personas. Tres diputados, André, Tronchet y Duport, fueron comisionados para tomar declaraciones al rey y á la reina, y se observó el mayor comedimiento en las frases, pues aquella Asamblea no faltó jamás á las conveniencias; pero el resultado no era dudoso; el rey quedaba provisionalmente destituido.

La responsabilidad impuesta á la guardia nacional fué causa de que se mostrase severa, y á veces impertuna, en el desempeño de su servicio cerca de las personas reales. Los centinelas velaban de continuo á su puerta y no les perdían de vista. Cierto día, queriendo

Barnave y los Lameth hicieron entonces lo que tanto habían censurado á Mirabeau: prestaron auxilio al trono y entendieron con la corte. Verdad es que ellos no recibieron dinero; pero adviértase que no criticaron tanto en Mirabeau el precio de la alianza como la alianza misma; y después de haber sido tan severos, obedecían á la ley común á todos los jefes populares, que les obliga á aliarse sucesivamente con el poder á medida que á él van llegando. Sin embargo, nada más loable en aquel estado de cosas que el servicio prestado al rey por Barnave y los Lameth, y jamás demostraron tanta habilidad, tanta energía y talento. Barnave



dictó la contestación del rey á los comisarios nombrados por la Asamblea: en ella motivaba Luis XVI su fuga en el deseo de conocer mejor la opinión pública; aseguraba haberla estudiado más en su viaje, y probaba por todos los hechos que no había querido salir de Francia. En cuanto á las protestas contenidas en la memoria que remitió á la Asamblea, decía con razón que atacaban, no á los principios fundamentales de la Constitución, sino á los medios de ejecución que se le dejaban. Y siéndole ya bien conocida la voluntad general, añadía, no vacilaba en someterse y en hacer todos los sacrificios necesarios para el bien de todos.

Bouillé, para atraerse la cólera de la Asamblea, le dirigió una carta que podría calificarse de insensata á no ser por el generoso motivo que la inspiró. Confesaba en ella que era el único autor del viaje del rey, cuando por el contrario se había opuesto á él; declaraba en nombre de los soberanos que París respondería de la seguridad de la real familia, y que el menor atentado cometido contra ella sería vengado de una manera ejemplar. Añadía que los medios militares de Francia eran nulos, aun cuando le constaba lo contrario; que conocía perfectamente los caminos para invadir el territorio, y que él mismo conduciría los ejércitos enemigos al seno de su patria. La Asamblea secundó esta generosa fanfarronada, y culpó de todo á Bouillé, que no tenía nada que temer por hallarse ya en el extranjero.

Recelosa la corte de España de que la menor demostración enconara los ánimos exponiendo á la familia real á mayores peligros, impidió una tentativa preparada en la frontera del Mediodía y á la cual debían contribuir los caballeros de Malta con dos fragatas; en seguida hizo saber al gobierno francés que no habían cambiado sus buenas disposiciones con respecto á él. El Norte no observaba una conducta tan mesurada: por aquel lado, las potencias, excitadas por los emigrados, se presentaban amenazadoras. El rey envió algunos emisarios á Bruselas y Coblenza, encargados de entenderse con la emigración y de darle á conocer las buenas disposiciones de la Asamblea, así como la esperanza de que se llegara á un arreglo ventajoso; mas apenas hubieron llegado, los trataron indignamente y tuvieron que regresar á París.

Los emigrados levantaron tropas en nombre del rey, á quien obligaron á desautorizar formalmente esta medida. Pretendieron que Monsieur, que á la sazón se había reunido ya con ellos, era regente del reino, que estando el rey prisionero no tenía voluntad propia, y que sus actos eran hijos de la de sus opresores. La paz de Catalina con Turquía, firmada en el mes de agosto, redobló su insensato júbilo, por creer que tenían ya á su disposición todas las potencias de Europa; y fiados en el desarme de las plazas fuertes y en la desorganización del ejército abandonado por todos los oficiales, estaban firmemente persuadidos de que la invasión se verificaría muy pronto, yendo acompañada de un feliz éxito. Y sin embargo, cerca de dos años hacía ya que habían salido de Francia, y á pesar de sus constantes y halagüeñas esperanzas, aún no habían regresado como vencedores, como se prometían. Las potencias no eran parcas en ofertas, pero Pitt se mantenía á la expectativa; Leopoldo, aniquilado por la guerra, apetece la paz;

el rey de Prusia ofrecía mucho, pero sin cuidarse de cumplir sus promesas; Gustavo ardía en deseos de mandar una expedición contra Francia, pero se hallaba demasiado lejos de ella; y Catalina, que debía secundarle, apenas libre de los turcos, tenía que sojuzgar á la Polonia. Además, para realizar esta coalición, había que anuar tantos intereses, que nadie podía lisonjearse de conseguirlo.

La declaración de Pilnitz habría debido desengañar á los emigrados acerca de la solicitud de los monarcas (1). Esta declaración, hecha en común por el rey de Prusia y el emperador Leopoldo, expresaba que la situación del rey de Francia interesaba de igual manera á todos los soberanos, los cuales se reunirían seguramente para proporcionar á Luis XVI medios de plantear un gobierno adecuado á los intereses del solio y del pueblo; que en este caso, el rey de Prusia y el emperador se pondrían de acuerdo con los demás príncipes para lograr el mismo objeto, y entretanto deberían ponerse sus tropas sobre las armas. Después se ha sabido que esta declaración contenía artículos secretos, pactando que el Austria no opondría ningún obstáculo á las pretensiones de Prusia sobre una parte de Polonia, pues no se necesitaba menos para inducir á la Prusia á desatender sus principales intereses y á aliarse con Austria contra la Francia. ¿Qué debía esperarse de una solicitud que necesitaba excitarse por tales medios? Y si tan reservada era en sus expresiones, ¿cuánto no debía serlo en sus hechos? Verdad era que Francia se hallaba desapercibida para la lucha; pero todo un pueblo en pie pronto se arma, y como dijo algún tiempo después el célebre Carnot, ¿hay alguna cosa imposible para veinticinco millones de hombres? También es verdad que los oficiales se retiraban, mas como en su mayor parte eran jóvenes y debían sus empleos al favor, carecían de experiencia y disgustaban al ejército: esto no obstante, el impulso general no tardaría en producir buenos oficiales y generales. Con todo, es preciso convenir en que, aun sin tener la presunción de los de Coblenza, era muy dudosa la resistencia que Francia opuso luego á la invasión.

Entretanto, la Asamblea envió comisionados á la frontera y mandó hacer grandes preparativos. Todos los guardias nacionales se brindaron á marchar, y muchos generales ofrecieron sus servicios, entre ellos Dumouriez, que más adelante salvó á Francia en los desfiladeros de Argonne.

Mientras atendía de este modo á la seguridad exterior de la nación, la Cámara se apresuraba á terminar su obra constitucional y á devolver al rey sus funciones y, si era posible, algunas de sus prerrogativas.

Todas las fracciones de la izquierda, excepto la que acababa de adoptar el flamante nombre de republicana, obedecían á un mismo sistema de moderación. Barnave y Malouet marchaban acordes y trabajaban de concierto; Petión, Robespierre, Buzot y otros varios, habían adoptado la república, pero figuraban en corto número. La derecha continuaba con sus imprudencias, y protestaba, en vez de unirse con la mayoría moderada que era la predominante en la Asamblea; sus enemigos, que la habrían censurado si hubiese destronado al rey, la repro-

(1) Es del 27 de agosto

charon sin embargo por haberlo hecho volver á París, colocándolo de nuevo en su vacilante trono. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Reemplazar al rey por la república era muy aventurado, y cambiar de dinastía, inútil, porque para traer otro monarca era preferible quedarse con el que tenían, aparte de que el duque de Orleans no merecía que se le antepusiese á Luis XVI. Tanto en uno como en otro caso, destituir al rey equivalía á con-

ateniéndose al decreto sobre la residencia de los funcionarios públicos hacía inminente su destitución, dijeron que en realidad había cesado.

No obstante, según este mismo decreto, para la cesación era necesaria la salida del reino y la resistencia á las intimaciones legislativas; pero estas condiciones importaban poco á los hombres exaltados, y declararon al rey culpable y dimitente. Los jacobinos y los francisca-



Tomás Payne

culcar derechos reconocidos, y enviar á la emigración un jefe precioso para ella, pues habría llevado con él los títulos que á ella le faltaban. Por el contrario, devolviendo á Luis XVI su autoridad y restituyéndole la mayor suma posible de prerrogativas, se atenía la Cámara á su tarea constitucional y quitaba todo pretexto á la guerra civil; en una palabra, cumplía con su deber, pues el deber de la Asamblea, dados los compromisos por ella contraídos, era instituir el gobierno libre, pero monárquico.

La Asamblea no vaciló, pero tuvo que vencer grandes obstáculos. La nueva palabra *república* había despertado cierta excitación en los ánimos, cansados ya de las de *monarquía* y *constitución*: la ausencia y la suspensión del rey habían enseñado, como se ha visto, á prescindir de él: los periódicos y los clubs olvidaron el respeto de que siempre fué objeto su persona, y á causa de su fuga, que

nos se agitaban con violencia, y no podían comprender que después de haberse librado del rey, se le impusiera á la nación de nuevo y voluntariamente. Si el duque de Orleans había tenido esperanzas, entonces fué cuando pudieron despertarse; pero debió reconocer la escasa influencia de su nombre, y lo poco que convenía, sobre todo, atendido el estado de los ánimos, un nuevo soberano, por muy popular que fuera. Algunos folletistas que le eran adictos, acaso sin sospecharlo él, trataron de ceñirle la corona, de hacer en su favor lo que Antonio hizo por César, y al efecto propusieron que se le encargase la regencia; pero vióse obligado á rechazarla por medio de una declaración que se apreció tan poco como su persona. Así en el club de los jacobinos como en el de los franciscanos, en los sitios públicos y en los diarios, el grito general era: ¡no más rey!



Las proclamas se multiplicaban: en todas las esquinas de París, y hasta en la fachada del edificio de la Asamblea, se fijó una firmada por Aquiles Duchatelet, joven coronel; dirigiase á todos los franceses recordándoles la calma de que se había disfrutado durante el viaje del monarca; decía que la ausencia del príncipe era mejor que su presencia; y añadía, por último, que su marcha debía considerarse como una abdicación; que entre la nación y Luis XVI quedaban rotos todos los lazos; que la historia estaba llena de crímenes de los reyes, y que era preciso renunciar á tener otro.

Esta proclama, atribuída al joven Aquiles Duchatelet, era de Tomás Payne, inglés, y actor principal en la revolución americana: fué denunciada á la Asamblea, pero después de acalorados debates, pensóse que sería mejor pasar á la orden del día, contestando con la indiferencia á las advertencias é injurias, como siempre se había hecho.

Los comisarios encargados de instruir el informe sobre el asunto de Varennes lo presentaron por fin el 16 de julio. Decían que el viaje no tenía nada de culpable; que aunque lo fuese, se debía de tener en cuenta la inviolabilidad del rey; y que no podía resultar la cesación, puesto que el monarca no estuvo alejado bastante tiempo ni había resistido tampoco á las intimaciones del cuerpo legislativo.

Robespierre, Buzot y Petión repitieron todos los argumentos conocidos contra la inviolabilidad; contestáronles Duport, Barnave y Salles; y decretóse por fin que no se podía encausar al rey por el hecho de su fuga. Añadiéronse únicamente dos artículos al decreto de inviolabilidad. Apenas se aprobó este acuerdo, levantóse Robespierre y protestó altamente en nombre de la humanidad.

En la noche que precedió al día en que se aprobó el acuerdo hubo un gran tumulto en el club de los jacobinos, donde se redactó una petición á la Asamblea para que declarase al rey destituido como pérfido y traidor á sus juramentos, y proveyese á su reemplazo por todos los medios constitucionales. Después se acordó llevar esta petición al día siguiente al Campo de Marte, donde cada cual podría firmarla en el altar de la patria. Al otro día, en efecto, se llevó al sitio convido, y á la multitud de sediciosos unióse la de los curiosos que deseaban ser testigos del hecho. En aquel instante estaba ya dado el decreto, y ya no había lugar á petición. Llega Lafayette, derriba las barricadas que acaban de levantar, es amenazado, y hasta recibe un tiro, que, aunque disparado casi á boca de jarro, no le toca. Los oficiales municipales que se habían reunido con él, consiguieron por fin que el populacho se retirase; distribuyóse la guardia nacional para observar sus movimientos, y por un momento se creyó que todo se acabaría; pero bien pronto comenzó de nuevo el tumulto. Dos inválidos que estaban en el altar de la patria, no se sabe por qué, fueron asesinados, y entonces no reconoció ya límites el desorden. La Asamblea mandó llamar á la municipalidad para encargarle que velara por la seguridad pública, y Bailly fué al Campo de Marte, donde hizo desplegar la bandera roja en virtud de la ley marcial. Por más que se haya dicho, el empleo de la fuerza era justo en aquella ocasión: ó se querían ó no se querían las leyes nuevas; en el primer caso,

era preciso ejecutarlas, era necesario que hubiera alguna cosa fija, que la insurrección no fuese perpetua, y que la voluntad de la Asamblea no se pudiera reformar por los plebiscitos de la multitud. Bailly debía, pues, imponer la ejecución de la ley: avanzó con ese valor impasible que siempre había demostrado; recibió varios tiros, sin que por fortuna le hiriese ninguno; y en medio del tumulto no pudo hacer todas las intimaciones apetecidas. Lafayette mandó disparar algunos tiros al aire, y la multitud abandonó entonces el altar de la patria, pero sólo para reunirse en otro punto. Reducido entonces al último extremo, mandó hacer fuego, y á la primera descarga cayeron algunos de los agitadores. Se ha exagerado su número: los unos le redujeron á treinta, los otros le hicieron subir á cuatrocientos, y los furiosos á varios miles; y como en el primer momento se dió crédito á estos últimos, el terror llegó á ser general. Aquel severo castigo apaciguó por el pronto á los sediciosos (1). Según costumbre, acusóse á todos los partidos de haber excitado este movimiento; y es probable que varios concurriesen á él, porque el desorden convenía á muchos. El rey, la mayoría de la Asamblea, la guardia nacional y las autoridades municipales y departamentales, estaban entonces de acuerdo para establecer el orden constitucional; pero debían combatir á la democracia en el interior y á la aristocracia en el exterior. La Asamblea y la guardia nacional constituían esa clase media, rica, ilustrada y sabia, que anhelaba el orden y las leyes; y en aquella circunstancia se debían aunar naturalmente con el rey, que por su parte parecía resignarse á una limitada autoridad. Sin embargo, conveniales detenerse en el punto á que habían llegado, lo cual no cuadraba á la aristocracia, siempre deseosa de un gran trastorno, ni tampoco al pueblo, que trataba de adquirir y elevarse más. Barnave, como en otro tiempo Mirabeau, era el orador de esa clase media: Dantón y Camilo Desmoulins eran los de la multitud que deseaba reinar á su vez, y Santerre su general. Representábanla algunos hombres de imaginación ardiente y fanática, ya en la Asamblea ó en las nuevas administraciones, hombres que trataban de apresurar su reinado con sus continuas declamaciones.

Censuróse duramente á Lafayette y á Bailly por las ocurrencias del Campo de Marte; pero fijaron entrambos su deber en la observancia de la ley, y al sacrificar su popularidad y su vida para obtener su cumplimiento, ni debían arrepentirse, ni experimentaron ningún temor. La energía que demostraron impuso á los trastornadores; y los más conocidos pensaban ya en substraerse á los golpes que creían dirigidos contra sus personas. Robespierre, á quien hemos visto hasta ahora sostener las más exageradas proposiciones, temblaba en su obscura vivienda, y á pesar de su inviolabilidad de diputado, pedía asilo á todos sus amigos. Así pues, la lección produjo su efecto, y por el pronto bastó un poco de temor para reprimir á los turbulentos.

La Asamblea adoptó en aquella época una resolución que ha sido criticada después, y cuyo resultado no fué tan funesto como se pensaba: decretó que ninguno de sus representantes sería reelegido. Robespierre fué

(1) Este acontecimiento ocurrió en la noche del domingo 17 de julio.

quien presentó la proposición, y atribuyóse en él á la envidia que le inspiraban algunos colegas entre los cuales no pudo brillar nunca. Era cuando menos natural que les profesara rencor, porque siempre había luchado contra ellos; y en sus sentimientos pudo haber á la vez convicción, envidia y odio.

La Asamblea, á la cual se acusaba de querer perpetuar sus poderes, y que por otra parte [desagradaba ya á la multitud por su moderación, se apresuró á contestar á todos los ataques con un desinterés acaso exagerado, resolviendo que todos sus individuos quedaran excluidos de la próxima legislatura. La nueva Asamblea se vió así privada de los hombres cuya exaltación se había amortiguado un poco, cuya ciencia legislativa se había madurado con la práctica de tres años; pero al observar más tarde la causa de las revoluciones que siguieron, se juzgará mejor cuál ha podido ser la importancia de aquella medida tan á menudo condenada.

Era llegado el momento de dar cima á los trabajos constitucionales y terminar con calma tan borrascosa misión. Los de la izquierda tenían el proyecto de entenderse para retocar ciertos artículos de la Constitución; habíase resuelto leerla toda para juzgar del conjunto y armonizar sus diversas partes. Esto es lo que se llamó *revisión*, y lo que se consideró más tarde, en los días del fervor republicano, como una medida calamitosa. Barnave y los Lameth se habían entendido con Malouet para reformar ciertos artículos que atacaban á la prerrogativa real y á lo que se llamaba la estabilidad del trono; y hasta se dice que tenían el proyecto de restablecer las dos cámaras. Habíase acordado que, al terminar la lectura, Malouet dirigiera su ataque; Barnave le contestaría después con vehemencia, para encubrir mejor sus intenciones; pero al defender los más

de los artículos, se desentendería de otros, como evidentemente peligrosos y condenados por una reconocida experiencia. Tales eran las condiciones convenidas cuando se tuvo conocimiento de las ridículas y peligrosas protestas de la derecha, que había resuelto no votar más. Entonces no hubo ya avenencia posible; la izquierda se negó á escuchar, y cuando se hizo la tentativa convenida, los gritos que se elevaban por todas partes impidieron á Malouet y á los suyos proseguir. La Constitución se concluyó, pues, con algún apresuramiento, y fué presentada al rey para que la aceptase. Desde aquel momento se le devolvió la libertad, ó mejor dicho, levantóse la severa consigna del palacio, dejando al monarca que se retirase donde quisiera para examinar el acta constitucional y aceptarla libremente. ¿Qué podía hacer en esto Luis XVI? Rehúsar la Constitución equivalía á abdicar en favor de la república; lo más seguro, aun con su sistema, era aceptarla, y esperar del tiempo las restituciones de poder que en su concepto se le debían. En su consecuencia, pasados algunos días, declaró que aceptaba la Constitución (13 septiembre). Al recibirse la noticia, reinó extraordinaria alegría, como si se hubiera temido algún obstáculo de parte del rey, como si su consentimiento hubiese sido una concesión inesperada. El rey se dirigió á la Asamblea, donde fué acogido como en los mejores días. Lafayette, que no olvidaba nunca reparar los males inevitables de los trastornos políticos, propuso una amnistía general para todos los delitos referentes á la revolución, amnistía que fué proclamada en medio de gritos de entusiasmo, habiéndose abierto al punto las prisiones. Por último, el 30 de septiembre, Thouret, último presidente, declaró que la Asamblea Constituyente había terminado sus sesiones.